

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Infancia, por D. Evaristo Fombona.—*A mi queridísimo amigo, distinguido poeta, el Sr. D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba*, poesía, por D. Dámaso Delgado Lopez.—*El Cólera*, por don Leandro A. Herrero.—*El Amor*: páginas de mi diario, por don Aureliano Ruiz.—*El valle de Lulen*, por D. Alejandro Buchaca y Freire.—*Modas: Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Esplicacion del figurin*.—*Variedades*.

Pliego once del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

Pliego décimo de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

LA INFANCIA.

II.

Proclamamos para la infancia la dictadura de la autoridad materna.

Entre nosotros, basta que á los cinco años de edad principie la escuela para los niños, y como jugando, deben aprender las nociones rudimentales de leer, escribir y contar.

No hay que violentar su inteligencia, ni condenarlos desde temprano á una vida sedentaria.

Aire puro, aire libre, mucha agitacion para la infancia, mucho aseo y mucho amor para la infancia. Nada de voluntariedad, nada de capricho, pero tampoco nada de rigor, nada de injusticia. Avasállela nuestra benevolencia y cautivela nuestra solicitud, que tema ofender nuestro cariño, más que despertar nuestro enojo.

Que se familiarice con las alteraciones atmosféricas: que no tenga tanto horror ni á la humedad, ni al calor, ni al frío. Han de estar los niños en roce frecuente con estos agentes naturales, y una vez familiarizados con ellos, no sentirán ninguna lesion. El sistema contrario es pernicioso, porque el menor descuido los mata. Y vida de sobresaltos no es vida. Hablamos por esperiencia. No aceptamos ni el zapato de goma ni la camiseta interior de lana. Tantas precauciones harán, más ó menos tarde, raquitica y valetudinaria la más robusta constitucion. Acobardarse de todo, es el camino más breve para llegar al sepulcro.

«Quiero que se honre mi memoria, decia Anaxá-

goras, consintiendo que los niños jueguen con toda libertad el día de mi muerte.» Nos gusta más un niño aturdido que un niño muy asentado: el primero representa su índole: el segundo desmiente su carácter. La vivacidad es propia de la infancia, como el reposo es propio de la senectud. Dejemos que la vida espire la vida, y que la muerte espire la muerte.

Es natural la curiosidad en los niños, y la curiosidad es el númen de esos pequeñuelos. Hay instantes en que ese númen nos llena de confusión, acusando nuestra ignorancia. No tememos decirlo: en nuestra carrera hemos encontrado niños cuya lucidez intelectual nos ha llenado de asombro. La habilidad del maestro está en dirigir y enardecer ese estímulo natural. El mal humor, la dureza, el desaire de un maestro, suelen aniquilar, apenas apuntado, ese númen de esperanza.

Despertar la dignidad del niño, avivando sus delicados sentimientos, sea nuestro especial cuidado. Gastar, entorpecer los resortes del pundonor, llama de la vida, es un ultraje á la naturaleza humana. El castigo corporal merece nuestra reprobación. Hacerlo tan necesario nuestra torpe enseñanza. Un maestro debe tratar á sus discípulos como trata á sus hijos el mejor padre. Los buenos hijos obran por amor á sus padres, que deben ser no menos buenos. Los alumnos son hijos adoptivos, y para quererlos buenos es justo que los maestros principien probándoles esa misma bondad que en ellos solicitan. Entonces obrarán los discípulos por amor al maestro, y nunca por temor al castigo. Nos parece degradada una criatura, cuyas acciones son exclusivamente hijas del temor.

Hablaremos más tarde de los maestros y de su bárbara enseñanza, sin propósito de lastimar á ninguno. Con muy raras escepciones, no puede ser más pobre el magisterio en la república, principiando por la capital. Diremos qué causas originan esa pobreza y esa desautoridad de la enseñanza pública y qué remedio tienen esos males para el porvenir de Venezuela. No hay familia ni hay nación sin verdadera enseñanza, reflejo del carácter de nuestra vida.

Volvamos á la infancia.

Si nutrimos bien el corazón del niño, su sentimiento corresponderá á nuestros cuidados. Y buena será su alma, si es bueno su corazón. No sembramos espinas si queremos coger flores; ni criemos fieras si queremos ángeles.

Siendo tan mala la condición del servicio domés-

tico, evitemos lo más posible que el servicio se roce con la infancia.

La palabra, no ya incorrecta, la palabra impura, la acción, no ya embozada, la acción desenvuelta, son un veneno para esas almas infantiles.

Queremos pudor en nuestros ángeles, y encomendamos su infancia á gentes sin pudor. Y el primer galopin y la primera mozuela, son los mentores de la infancia.

¡Por eso, en temprana edad, vemos rasgado por manos impías el velo de la inocencia! ¡Por eso nos pasma la precocidad maliciosa de nuestros pequeñuelos! Y no ya en la casa, en la calle son maestros de inmoralidad los sirvientes de nuestra confianza. Ellos llevan á la escuela nuestros niños: ellos los llevan al paseo: ellos son los compañeros inseparables de la infancia. ¡Qué compañeros! ¿Nunca habeis encontrado en una esquina, y en peor parte, en larga y obscena conversacion á esos perdularios, y allí el inocente niño, y allí la inocente niña, absorbiendo veneno, padres de familia? ¿Os van pareciendo demasiado severas nuestras observaciones? Trabajo os mandamos: apenas es principio: no haremos más que registrar una por una todas vuestras obligaciones, segun nuestro leal saber y entender. La infancia merece todo nuestro amor, y por salvarla, no nos detendremos en escrúpulos ó en indignos miramientos.

¡Qué de estragos en la niñez, y más en la niñez femenina, por el descuido de los padres, por su indolencia, por la criminalidad; sí, por la criminalidad de los padres! ¡Y esos estragos infantiles, germen de los estragos de la adolescencia; germen quizás de los estragos de toda la vida! ¿Nos es penosa tanta solicitud? Pues esa penosa solicitud, es nuestro primer deber. Si no tenemos fuerza para cumplirlo, no contraigamos ese deber. El que dé la vida, tiene la obligación de conservarla. Son los padres la providencia de la familia: no desmientan tan digno carácter. Es pecar contra la naturaleza y contra la sociedad, y es un doble crimen dar la vida á un hijo y encomendar á la casualidad su crianza y su educación: su vida presente y su vida futura: su vida temporal y su vida eterna. Y la sociedad no puede ser más complaciente con los malos padres de familia, aunque hoy ó mañana recoja el fruto de tan inicua complacencia. Frívola por demás lo sería la cansa, y entregada á devaneos, repugna llevar sobre sus hombros la cruz de sus deberes.

La estadística criminal crece que es un pasmo en nuestro siglo. Según los recursos de que ha podido disponer para evitar el mal y reprimir el mal, todo gobierno dará cuenta á Dios de los crímenes que afean la sociedad. Según los recursos de que hayan podido disponer para evitar la perdición de su hogar, darán cuenta á Dios de los estragos domésticos los padres de familia. Sobre los gobiernos indolentes pesa una maldición, y pesa una maldición sobre los padres indolentes.

Acaso se pudre en una cárcel, ó muere en un patíbulo el hombre que creciendo en otra atmósfera y bajo otro cielo fuera el orgullo de su patria.

Acaso se anega en un piélago de corrupción la criatura que, con otros padres, fuera la gloria de su familia. Por lo regular, el porvenir de un niño es obra de sus padres. Merézcamos grandes cuidados la niñez. Que no escuche en el hogar lecciones de escándalo, ni en la calle lecciones de desvergüenza. Que conserve su fragancia, lo más posible, la flor de la inocencia. Cuanto más esquisitos sean nuestros cuidados en la educación de nuestros hijos, más realce tendrá la corona de nuestra ancianidad: ellos serán nuestra gloria ó nuestra afrenta.

La educación de la infancia es vuestra, madres de familia.

Hermosa será vuestra obra, si es grande vuestra solicitud.

¡Madres de familia! medita esta segunda lección.

EVARISTO FOMBONA.

CARACAS.

A MI QUERIDÍSIMO AMIGO,

distinguido poeta,

EL SR. D. TEODORO MARTEL FERNANDEZ DE CÓRDOBA.

En las orillas que acaricia el Bétis
Tú y yo lanzamos el primer vaguido,
Y entre el aroma de sus verdes huertos
Nuestro primer aliento fué un suspiro.
De nuestras tiernas madres amorosas
Aspirando sedientos el cariño,
En medio de consuelos y de encantos
Al par los dos en nuestra fé crecimos.
Tú en Córdoba la bella, la Sultana,
Y en medio de sus valles florecidos,
Jugabas en los mágicos palacios

Que un tiempo fueron del amor asilo
Y que por el amor al culto alzados
El torpe amor los derrumbó y deshizo.
Allí inspirado en los gigantes hechos
De esa ciudad de nobles y de invictos,
Y en medio del aroma que no acaba
Del talento que consta en sus escritos,
Alimentabas tú tus ilusiones
Y soñabas amor y sacrificios,
Siguiendo por las sendas de la gloria
Que á tus timbres y honor dieron los siglos;
Ya imitando las cántigas sabrosas
De los Menas y Céspedes; ya digno
Émulo del renombre de otros tiempos
Dando á las letras en tu casa asilo,
Iniciabas certámenes y luchas
Para el trabajo y el talento unidos,
Y brillabas cual faro en noche oscura
Que encamina hácia el puerto al peregrino,
Deslizándose así tus verdes años
De la vida en el próspero camino.
Yo á mi vez en la cuna dó se alzaron
La virtud y el valor enaltecidos,
Que eternamente vivirá en el mundo
Del grande *Apóstol* y el *guerrero invicto* (1):
Ese de tus preclaros ascendientes,
El grande Capitan gloria de siglos;
Estranjero y extraño en este suelo
Cruzaba sus umbrosos laberintos,
Ajeno á los placeres y los goces
Que brinda en sus festines y sus vicios.
Me era un dolor terrible ver la rosa
Marchitarse al soplar del cierzo frio,
Y al caer de las hojas de los árboles
Triste lloraba el pensamiento mio.
Al eco de la fúnebre campana
De mi alma llenábase el vacío;
Y el rumor de cantares religiosos
Eran mi dulce embriagador delirio.
Soñaba en el amor de los amores,
Y allá en la primavera y el estío,
Los cifraba en la tierna golondrina
Que colgaba en mi cámara su nido,
Y en el nardo, el clavel y la azucena
Que bordaban la orilla de los rios.
Triste fué mi cantar; la lira mia
Solo vibró en endechas y suspiros;

(1) El P. Maestro, Fray Juan de Ávila, y el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Y así viviendo y recorriendo el mundo
 Con nuestras almas y amistad nos vimos,
 Tú con la fè pintada en el semblante
 Y en medio de las fiestas y el bullicio,
 Siempre en tu afán tras de mejores días
 Con la esperanza y fè de conseguirlo.
 Yo cansado y rendido de fatiga
 Llenando mi alma el desaliento impio,
 Solo me da lugar á la amargura,
 En la pena y dolor quedando hundido.
 Tu cantas los amores deleitosos
 De la bella que vive entre delirios,
 Y á los héroes los triunfos y la gloria
 Que se adornan con lauros inmarchitos.
 Mi canto es melancólico, suave,
 Como el rumor del céfiro entre lirios,
 Cual queja que en las frondas de los árboles
 El ruiseñor entona dolorido:
 Cual el murmullo que las blancas flores
 Escalan al nacer; como los pios
 Del polluelo que busca de su madre
 El ala protectora y el abrigo:
 Cual la plegaria que en el templo eleva
 El hombre y la mujer, anciano y niño:
 Cual la callada inspiracion de muerte
 Que el pecho nos desgarras sin sentirlo,
 Al ver las negras y marmóreas losas
 Donde el silencio tiene su recinto.
 Y así los dos, Teodoro, la existencia,
 Por senderos cruzámosla distintos:
 Tú entre goces y glorias encantado;
 Y yo en mi hogar con mi pasar tranquilo,
 Aunque juntas caminan nuestras almas
 Atadas con los lazos del cariño.
 Tú ambicionas la gloria; por su senda,
 Bordada de laureles infinitos,
 Sigue, pues, sin parar, que no te arredre
 Ni el cierzo crudo, ni aquilon bravío,
 Que eso no impedirá nunca á tu alma
 Ser hermano del triste y del mendigo.
 Pulsa tu lira, sí; canta ardoroso
 Cual cantaba en su tiempo el gran Virgilio.
 Y hasta aquel que no sienta, por sus ojos
 Brotará su entusiasmo y su delirio.
 Canta, sigue cantando; tu terneza
 Regará como arroyo cristalino
 El mustio corazón que se ennegrece
 En medio de las sombras del hastío.
 Canta, dulce poeta, que tus versos

Para la bella que el amor ha herido
 Serán bálsamo dulce que su pecho
 Curarán con su plácido rocío:
 Canta, sigue cantando; mi amargura
 Tú la desterrarás; y el llanto mio
 Refrescando mis pálidas mejillas
 Ahuyentará mi pena y mi martirio,
 Y serán los acentos de ternura
 De tu cara amistad que nunca olvido,
 La memoria también de tus recuerdos
 Que ansioso escuchará tu dulce amigo.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

EL CÓLERA.

I.

Luis la vió por primera vez en uno de los días más hermosos de Octubre.

Estaba sentada dentro de la ancha reja de un lindo piso bajo, y tenía entre sus manos una labor de tapicería.

Detrás aparecía su madre.

Era una tarde de otoño; y los últimos rayos del sol ponente bañaban de una luz dorada este hechicero cuadro que se proyectaba sobre un precioso marco de flores, nacidas en los jarrones que decoraban la reja.

Ella era blanca, rubia, espiritual como una onda de perfume, y tenía unos ojos azules tandiáfanos como el firmamento en la aurora de un día de primavera.

Diez y seis veces había recibido los besos de su madre el día de su natalicio, y no hacía más que cuatro años que había tomado la primera Comunión de manos del señor cura de la parroquia.

Pusiéronla por nombre Elena; pero su madre, que era una mujer superior y santa, cambió aquel nombre por el de una flor, de quien era rival en blancura y en pureza.

Llamáronla *Azucena*.

Con alas azules en los omoplatos, la hubiera llamado *Ángel*.

Luis contemplaba el sencillo grupo que se bosquejaba tras de los verdes rosales de la reja con la embriaguez de un artista, porque, á pesar de sus veinte años, lo era en toda regla, y tanto, que había merecido la honrosa distinción de pasar á Roma á estudiar la pintura, pensionado por el Gobierno.

Aquella misma tarde dijo la niña á la buena mujer:

—Madre, ¿sabes tú por qué me mira tanto ese jóven?

Y la buena mujer, que habia ya reparado en Luis, sonrió dulcemente, y contestó á la niña:

—¡Cose, hija, cose, y no le mires tú á él!

Ella quiso obedecer; pero á cada momento se resbalaba la aguja de entre sus dedos, y levantaba los ojos como si le tiraran de la vista.

—¡Madre, exclamó, no puedo dejar de mirarle!

La buena mujer palideció, y dijo:

—Cierra las vidrieras, hija; ya se ha puesto el sol, y no se puede coser.

Mientras tanto, Luis, que seguia embebecido en la contemplacion de este cuadro, exclamó parodiando al gran Víctor Hugo:

—¡Es locamente hermosa!

Y clavó en ella una mirada profunda, como la del avaro que contempla su tesoro.

Los ojos de ambos se encontraron, y ambos temblaron como tiemblan las flores al recibir los primeros rayos del sol.

Entonces Luis hizo un esfuerzo supremo: la envió un beso, y echó á correr avergonzado.

II.

Al dia siguiente, la madre y la hija estaban en el mismo sitio á la puesta del sol. Luis estaba tambien en la calle.

—¡Hija mia! exclamó la buena mujer; ¡yo no quiero que mires á ese hombre!

Ella se llevó las manos á la frente, y dijo:

—Madre, ¿de qué me sirve cerrar los ojos? ¡Le veo aquí.... aquí.... En mi fantasia!....

La buena mujer se estremeció á su vez.

III.

Algunos dias despues, en el mismo sitio, y á la misma hora, dijo la madre á la niña:

—¡Oh! si sigues mirando á ese hombre, no volveremos á salir á la reja.

En los ojos de la jóven brilló una lágrima.

—¿Qué he dicho yo? exclamó la buena mujer sollozando y abrazándola: ¿Lloras, amor mio? Mirale cuanto quieras!

Y en el rostro de la niña se pintó una celestial alegría.

IV.

El cielo estaba cárdeno á la tarde siguiente: de

las cobrizas nubes caian á intervalos algunas gotas pesadas y ardientes. Apenas transitaba un alma por las calles, y en el rostro de las pocas personas que vagaban por la capital, se veian pintados el terror y la consternacion.

La hija y la madre estaban en el mismo sitio.

Luis ocupaba el suyo.

Pasaba un féretro por la calle, y detrás caminaba un pequeño cortejo fúnebre.

—Madre, dijo la niña; veinte féretros como ese han pasado hoy por aquí. ¿No es una cosa horrible?

—Sí, hija mia, sí; exclamó la buena mujer con voz sorda.

Y elevó sus ojos al cielo murmurando una oracion.

Despues abrazó á su hija, y añadió:

—¡Preservadla, Dios mio!

La pobre niña miró á Luis, y se sonrió cándidamente.

Otro cortejo fúnebre pasaba por la calle.

—Madre, exclamó la jóven; ¿en qué consiste que se muere tanta gente?

El rostro de la buena mujer se cubrió de una palidez lívida.

—¿En qué consiste? volvió á preguntar la niña.

—¡Chist!—dijo la madre.... Es el cólera.... No pensemos en él, no tentemos á Dios.

Entonces la niña clavó sus ojos azorados en Luis, y le vió sonreir.

—¡Ah! dijo para sí. Qué me importa á mí el cólera!

V.

Seis féretros habian salido ya de la casa de Elena: la madre se pasaba las noches en claro, rezando por su hija delante de una estampa de la Virgen: la niña dormia tranquilamente soñando con Luis.

En la porteria de la casa habia hecho la epidemia tres víctimas; casi toda una familia. Restaba nada más que una pobre jóven de diez y ocho años que estaba agonizando.

—Madre, dijo la niña: ¿Me permites que vaya á ver á esa pobre muchacha?

—¡Calla, exclamó la buena mujer horrorizada. ¿Estás loca? ¿Quieres morir? ¡No vayas, hija mia, no vayas!

Y la estrechaba convulsivamente contra su seno.

—Pero, madre, esa infeliz se muere sin amparo, sin consuelo. Solo he visto entrar en su cuarto al cura de la parroquia.

—Pues bien, dijo la madre. Te prohibo ir..... En tu lugar iré yo.

—¡Eso no..... jamás! exclamó la niña.

Y retuvo á la madre entre sus brazos.

A la tardecita, mientras la buena mujer dormía para velar de noche, tomó la niña un bolsillo y salió de puntillas de la casa, cerrando con cuidado la puerta.

Luis, que estaba en su puesto, la vió cruzar como una luminosa aparición, y entrar en la habitación de la pobre colérica.

Luis la aguardó á la puerta.

Un cuarto de hora despues se presentó Elena en el dintel.

Venia radiante.

—¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado! exclamó, batiendo las palmas con entusiasmo santo. Me ha colmado de besos, y me ha prometido vivir. El señor cura que está ahí dentro, me ha dicho que vivirá.

Luis se acercó á ella temblando como un beodo, y la dijo:

—Una palabra..... Yo te amo.

—¡Silencio! exclamó ella, haciendo un *mohin* encantador..... Mi madre espera. ¡Pobre madre!

Y quiso huir: Luis la detuvo.

—¡Un instante! exclamó. La duda para mí es la muerte!....

—¡La duda! dijo ella sonriendo como una ondina. ¡Ah! sí, es verdad..... Yo te amo tambien.

Y desapareció como una vision celeste.

Luis creyó enloquecer de alegría.

VI.

Cuando despertó la madre, llamó á su hija.

Elena no respondió.

La buscó por toda la casa, y al fin la encontró en su cuarto.

Elena estaba tendida en su lecho, un lecho virginal, de una blancura semejante á la de la nieve recién caída.

La madre se abalanzó al lecho como una pantera y exclamó:

—¿Qué tienes, hija, qué tienes?

Elena estaba fria, casi yerta, exánime; su semblante aparecía cubierto de una fúnebre sombra: sus lábios estaban lividos: sus miembros crispados.

Abrió los brazos á la buena mujer, y murmuró:

—¡Madre mia!..... yo muero!..... Acabo de subir de la habitación de esa pobre muchacha que me ha prometido vivir.....

No pudo acabar.

La madre lo comprendió todo, y lanzó un grito salvaje, semejante al rugido de una leona.

—¡Desgraciada! exclamó: Me has desobedecido..... Has visitado á esa infeliz, y su enfermedad te ha contagiado..... ¡Oh! ¡el monstruo!..... ¡Maldito sea! Y la buena mujer cayó de rodillas.

En los lábios de Elena brillaba una inefable sonrisa.

—¡Muero! dijo ¡pero le amo!

La madre no contestó: estaba orando.

VII.

Al siguiente dia, Luis, henchido de ilusiones y rebosando alegría, acudió á la calle á la hora de costumbre.

Llevaba una carta para Elena.

Cuando se presentó delante de su casa halló la reja cerrada.

La sangre se le heló en las arterias, y el corazón le dió un vuelco espantoso.

Corrió hácia el portal de la casa, y llamó á la puerta de Elena. La madre le salió á abrir.

Le tomó de la mano en silencio, le condujo á un salón iluminado espléndidamente con una porción de cirios, y le dijo:

—¿Buscabas á Elena, no es verdad? ¡Pues mira..... ahí la tienes!

Y le señaló un féretro que descollaba en medio de la estancia.

En aquel féretro estaba Elena, vestida de blanco, con una corona de rosas en la frente, y con una palma en las manos.

La muerte había respetado la hermosura de su rostro, que brillaba con la blancura del azahar y las tintas de la amapola.

Luis se quedó petrificado, trémulo, inmóvil como la estatua del dolor. Se llevó las manos á las sienes creyendo ser víctima de una pesadilla infernal, se restregó los ojos, y cuando pudo al fin comprender la amarga realidad, lanzó un alarido profundo.

Se acercó al féretro: cerró piadosamente los ojos á Elena que aún parecía sonreírle, y se dispuso á partir.

Una mujer estaba á su lado vertiendo raudales de llanto. Era la madre.

—¡Hija mía! ¡Hija mía! exclamaba entre sollozos.
Y no podía añadir más.

—Ambos la amábamos, dijo Luis con voz sombría.
¿De qué nos sirve ya la vida? ¡Yo quiero morir!

Y al concluir esto, sacó de su bolsillo la carta que llevaba para Elena, se la entregó á su madre, y exclamó:

—¡Creo que va á cumplirse mi destino!

En seguida huyó de allí como un insensato.

VIII.

La carta decía así:

«Ya no tengo deseos, ya no tengo ambición; me ama, y soy inmensamente feliz. No pido más á Dios sino que nos una para siempre, así en la tierra como en el cielo, haciéndonos compartir una misma vida, una misma muerte, y un mismo sepulcro.»

Los deseos de Luis se realizaron: ocho horas después de la muerte de Elena, el horrible monstruo, *el cólera*, segó en flor la vida del pobre joven.

IX.

En el cementerio de la sacramental de San Nicolás hay una lápida reciente, donde se lee la siguiente sencillísima inscripción:

LUIS Y ELENA.

Delante de esa lápida oraban el día de Difuntos dos mujeres:

Una era la madre de Elena,

Otra era la madre de Luis.

¡Los dos amantes descansaban en una misma tumba!

LEANDRO A. HERRERO.

EL AMOR.

PAGINAS DE MI DIARIO.

No es, como afirman algunos, un capricho casual, ó un principio de egoísmo, el que hace que los seres se unan por el amor; al contrario, es una ley de la naturaleza, sabia como todas las leyes que emanan de nuestra madre comun, la que dispone la union de todos los seres y de todas las cosas.

Hay en lo profundo del corazón humano una fuerza superior que le domina: un vivísimo deseo de ser amado, y una voz interior que le repite con insistencia: *Amar*.

Sentimos al amor una ternura deliciosa, que se

redobla con esa parte activa que tomamos en cuanto tiene relacion con nuestros semejantes.

El amor nace instantáneamente, como la admiración á la vista de los objetos que más nos deleitan ó conmueven en la senda de nuestra trabajosa vida.

¿Qué emoción más ardiente, más dulce al mismo tiempo, y más espontánea que la que produce el amor en los corazones vírgenes de pruebas y desencantos?

¿Qué sentimiento más noble que el sentimiento que une á dos almas en una misma vitalidad, y en idénticas ó semejantes aspiraciones?

La simpatía, ese fuego misterioso que, como el de las antiguas vestales, nunca se apaga ni consume, y que es el germen de la más sincera amistad, ó del amor más purificado, puesto que nos regenera y nos encanta, y nos avasalla.

El endulza nuestras amarguras, y presta consuelo á nuestros dolores, y enjuga nuestro llanto.

El amor, no hay que dudarlo, es un sentimiento elevado y generoso, que tiende á mejorar las reducidas condiciones de nuestra organización social.

El amor ha dado ocasión á todos los grandes hechos que ilustran la historia general de los tiempos y la particular de los hombres.

El amor ha creado las obras más notables de que se embellecen las artes.

El amor ha inspirado las más sublimes creaciones del génio humano.

Quitadle al corazón ese sentimiento tan ardiente, tan dulce, tan espontáneo, tan noble y generoso, y le quitareis lo más preciado de su existencia.

Un corazón que no ama, no siente.

Si late, su latido es como el sonido del péndulo de un reloj acompasado y monótono, y desapacible.

El alma cuenta entre sus mayores placeres los placeres puros del amor.

El alma teme el aislamiento como una joven medrosa, y por eso busca continuamente y anhela y desea encontrarse á sus hermanos.

El alma necesita expansión, y por eso ama.

No le preguntéis el *por qué* de su amor.

El alma ama por intuición.

Preguntad al viento por qué gime, y solo oireis su gemido.

Preguntad á la ola por qué se agita, y os responderá con su constante agitación.

Si al alma preguntáis por qué ama, el alma os responderá con su amor.

Y nótese que no hablamos de ese amor desenfrenado que todo lo atropella.

Ese no es amor, es pasión: y la pasión es, á nuestro entender, la exaltación de los afectos en su más ascendente escala.

Es el viento inficionado que deshoja las flores y quema las plantas.

El amor se puede comparar con una semilla: si cae entre abrojos, se esteriliza y muere: si se siembra y cultiva, se desarrolla y da frutos.

El amor, además de ser una ley superior de la naturaleza, es un principio de organización civilizador y moral.

¡Dichosos los que aman!

¡Eh! Infelices de aquellos que no pueden amar!

Dios nos ha dicho: «Ama á tus semejantes como te amas á tí mismo.»

¿Y cómo obrar de otra suerte? ¡Él, que es todo amor!

¡Cuánto más brillantes y maravillosas han sido las doctrinas del cristianismo, basadas en ese principio de igualdad, que es el amor universal, que todos cuantos nos recuerdan las más brillantes páginas de la historia de los antiguos y modernos imperios y conquistadores!

El amor es un principio de nuestra vitalidad: base de nuestra religión, necesidad de nuestro espíritu, y por último, lazo místico que nos une con la Divinidad.

AURELIANO RUIZ.

EL VALLE DE LULEN.

Cuando un viajero se encamina hacia algún sitio en el cual ha acontecido un suceso notable, fija su idea en la memoria de este, y en su mente se pinta un suceso más grande y más digno de admiración que aquel que realmente aconteció.

Cuanto más tiempo ha transcurrido desde el acontecimiento y mayor es la distancia que le separa de aquel sitio, tanto mayor se lo imagina.

Se agolpan en su fantasía mil imágenes que le representan, ora el terror ó el esfuerzo, el heroísmo, el valor, la constancia, la perfidia, el amor, etc., según el género ó naturaleza de la cosa acontecida.

El entusiasmo le hace concebir que el terreno que fué teatro del hecho que le ocupa, tiene tales ó cuáles formas, guarda tal ó cuál posición, y ansía

con vehemencia llegar á él para fijar los ojos, esperando ver señales y accidentes que le patenticen lo que su imaginación creó. Mas luego que llega al punto que apetece, disminuye la ilusión que tenía formada del sitio, y solo queda grande la idea del suceso.

Antes de ver las ruinas de las antiguas Sagunto y Numancia, pensamos hallarlas con formas colosales y variadas, y esperamos que, al llegar á aquellos solitarios recintos, aun veremos humeante la sangre de los héroes que sucumbieron; y que entre las concavas moles de peñascos y los ángulos de las paredes, nuestras voces resonarán con los mismos ecos que los de aquellos que murieron en el día de la catástrofe.

Llegamos á Murviedro, villa de la provincia de Valencia, situada unas cuatro leguas de distancia, y hacia el N. O. de esta ciudad y sobre la falda de una montaña, en cuya cúspide hay un gran castillo; descubrimos un circo romano que conserva su gradería un corredor de circunvalación abovedado, y varios pozos acústicos.

«Este es, nos dicen los que nos acompañan, el sitio en donde estuvo situada la antigua Sagunto: ved los restos de sus construcciones románicas, que parecen estar desafiando los siglos, que no las harán sucumbir con el peso de los años. La destructora é incansable mano del tiempo, no ha podido derribarlas.»

A corta distancia de la ciudad de Soria, se ven otras ruinas menos accidentadas que las de Sagunto; y nos dicen, como en Murviedro: «Pisais el suelo de Numancia; estas son sus ruinas.»

En ambos sitios queda atónita la imaginación por un instante; ni una sola idea ocurre al pensamiento, porque el calor de la ilusión se entibia con el frío de la realidad.

Volvemos la vista en torno de los objetos que nos rodean, y recordando la historia de aquellos lugares, celebramos sus hechos y enaltecemos su gloria.

Vistos ya, nos retiramos con la instinción de un deseo, para entrar en un nuevo deseo, sin que el engaño de haber visto que las cosas en realidad no son como nos las imaginamos, sirva para que no formemos pensamientos exagerados de lo que no hemos visto.

Esto es lo que comunmente sucede: Sin embargo, en algunos, aunque en muy raros casos, concebimos y creemos las cosas con menor belleza y sublimidad

de lo que realmente encontramos al mirarlas. Uno de estos casos nos presenta precisamente el valle de Lulen.

Algunos que han escrito sobre el antiguo reino de Valencia, y cuyos escritos he consultado, se ocupan con predilección de este delicioso valle, en donde está construido el monasterio de la Cartuja, llamada de *Portaceli*.

Distante cuatro leguas de la ciudad de Valencia, y una legua y media del lugar de Náquera, caminando hacia el O., se hallan varios algarrobales, viñedos y olivares continuados hasta llegar á un profundo barranco murado por los recortes de los montes vecinos. Allí empieza el desierto y la soledad: el pasajero recibe una sensación agradable, á la par que melancólica. Al dirigir la vista hacia las cúspides de aquellas montañas, se cree amenazado por las peñas mal seguras, y sospecha que van á derrumbarse de su asiento para estrellarse sobre su frente. De los frecuentes recodos y concavidades que encuentra, espera ver salir foráidos y ladrones que atenten contra él.

Mas adelante se encuentran masas de pinos y malezas que se aumentan al entrar en el término del *Portaceli*, y continúan hasta las inmediaciones de monasterio. Antes de llegar á este, como un cuarto de hora, hay un cerro con una famosa cantera de mármol negro, que recibe un pulimento admirable. Los bancos tienen como unos veintiocho centímetros de grueso, y están inclinados al horizonte en ángulo de veinte grados hacia el N.: su color, un negro que pardea, muchas veces con venitas blancas espáticas: el grano es fino y compacto. Se beneficia este mármol no solo por su belleza sino tambien por separarse fácilmente las piezas que se necesitan.

Siguen á este cerro espesos matorrales de la jara con hoja de álamo, arbusto hermoso y poco comun. Durante el mes de Mayo, florecen las jaras de Montpellier y tuberaria, la recamosa, y las hojas de salvia, de romero y de tomillo.

Dentro del término ó propiedad de *Portaceli*, no se halla vegetal alguno que anuncie el frio, cuando en el ventisquero, monte de menor altura y apenas distante del mayor media hora, se encuentra el espliego, las aliagas y el erizo.

Mientras se camina, se pisan siempre plantas, y es forzoso ir apartando las ramas de los arbustos que embarazan el paso; de estos, los más comunes son los madroños, labiérnagos, durillos, madre-selvas,

lentiscos, adelfas, y el lino fructicoso. Entre las yerbas se deja ver la hermosa ononide, parecida al pié pájaro, la vela ánua, la aira cariofilea, los jacintos tardío y cabelludo, el tragópogo, parecido al pricis, la adormidera híbrida, el lino estrellado, el coris y otras muchísimas, como tambien el esparto, del cual se saca un gran producto.

El suelo es bastante árido, pues se compone de masas yesosas, calcáreas, y de una tierra granucienta y rojiza que se desprende del alto de los cerros. El gypso, ó sea la cal hidrosulfatada, se encuentra con tanta abundancia y buena calidad, que el yeso que de ella resulta, se emplea con preferencia para muchas construcciones, y los constructores pueden abastecerse de él para todas sus obras, sin que les falte.

El monasterio está situado en una pequeña eminencia del valle, cercándole por todas partes elevados montes, sobresaliendo entre ellos los del Norte y Noroeste, cubiertos de pinos y maleza.

La iglesia es bella por su decoración, y preciosa por las pinturas y colección de mármoles que hay en ella, combinados con esquisito gusto. Está dispuesta en forma de Cruz latina con bóveda semicircular y cúpula esférica; todo el fondo del suelo es del citado mármol negro, con fajas blancas de Carrara, formando cuadros, en cuyos centros hay unas como estrellas amarillas con nubes encarnadas, tambien de mármol.

Las columnas de los altares, son todas de una hermosa piedra llamada de aguas: en el camarín se ven anchas fajas de piedra de flores, pedacitos del verde de Granada y del azul ceniciento de Génova.

El interior del monasterio es espacioso, y tiene bastantes comodidades.

La parte exterior causa una sensación indescriptible; los anchos lienzos de las parduzcas y lisas paredes que forman sus fachadas, producen místicas contemplaciones. Algunos campos-huertas rodean su pié, y hacen parecer el edificio como sentado en una verde alfombra y que se respalda sobre un magnífico acueducto que sirve para dar aguas al monasterio y regar sus jardines.

Los montes que le rodean, forman la verja de aquella solitaria mansion.

Hay dentro del término de *Portaceli*, á diferentes distancias, casas que son accesorias de la finca, y sirven para la labranza del terreno que comprende, las cuales se designan con los nombres de la *Pobleta*.

y la *Torreta*; los viñedos adyacentes á esta última, producen uno de los mejores vinos del reino.

El canto de los ruiseñores y pardillos que por todos aquellos bosques se crían, suele ser contestado por los árboles, que acariciadas sus ramas por leves vientos se agitan murmurando blandamente.

¡Qué bien se comprende la majestad de Dios en aquel sitio! ¡Cuántos experimentados varones, acibarados por los desengaños que ofrece el mundo á cada paso, se retiraron á un monasterio á acabar tranquilamente sus días en la contemplación y el santo ejemplo!

Si el paganismo nos pinta un Olimpo lleno de bosques de mirto y de rosas, en donde los héroes van á gozar con sus queridas eternos amores, la soledad de los claustros nos hace concebir el recogimiento de un alma piadosa y contemplativa.

Allí vivía el asceta lejos de la sociedad, y por consiguiente de sus engaños; el acomodado pasajero se hospedaba algunos días para descansar de su viaje, y el pobre mendigo tendía su mano para recibir el auxilio que la caridad le prestaba.

Yo, amados lectores míos, cuando estoy dentro de un edificio como el que acabo de describir, siento en mí un gran placer á la par que una melancolía inexplicables.

Mis sentidos gozan mucho cuando observan, y mi entendimiento cuando medita. Una noche que paseaba por el derredor de *Portacæli*, el cielo tranquilo mostraba aquel color azul ceniciento con que se tiñe durante las horas de una noche serena y apacible: la cúpula del templo, el frontispicio de su fachada y los remates de las paredes del convento, terminaban con una línea indecisa que se confundía con la atmósfera, sin dejar por esto de determinar su severo contorno; la luna, en su cuarto creciente, se entreveía envuelta entre un pequeño grupo de nubes blancas, y daba con su luz una argentada velatura á todo el edificio, haciendo destacar con mas intensidad las sombras de los cuerpos salientes. Absorto por la impresión que me causaba el panorama que se ofrecía á mi vista, cesé de andar y de atender á la conversacion de mi compañero, que era un cartujo esclaustrado.

—¿Qué tiene Vd.? me dijo mi buen acompañante.

—Nada, le contesté yo, volviéndole á prestar atención; me tenía distraído la vista del monasterio á estas horas. Cuánto gozarían Vds. los monges vi-

viendo en esta soledad por la estética que el edificio me infunde, lo deduzco.

—Sí, contestó el sacerdote; los que aquí vivíamos, abstraídos de cuantos goces el resto de la sociedad podía prestarnos, el rocío de la tranquilidad se deramaba en nuestros corazones al abrigo de esos claustros y al arrullo de estos céfiros. A media noche nos reuníamos los monges en el coro, y el canto de la oración parecía ser el eco de la voz de los ángeles que nos llamaban á su celeste morada.

Todo acabó con la revolución, que, al dar libertad á unos, no miró que no tenía derecho de oprimir á otros.

Las instituciones monásticas, como otras muchas cosas, deben ser libres dentro de los Estados libres... ..

Creí conveniente no prolongar mas aquella conversacion, porque afectaba demasiado el ánimo de mi interlocutor; y, hablándole de otras cosas, ambos nos fuimos retirando hácia el monasterio para descansar despues de aquel nocturno paseo.

En el día, el término y la *Cartuja de Portacæli* pertenecen á la propiedad de la casa de los señores Beltran de Lis, á cuyos celosos poseedores se debe que no haya desmerecido en nada la belleza de aquel delicioso terreno, ni la de su magnífico edificio.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

CONSEJOS PARA HACER FORTUNA.

POR

FRANKLIN.

Franklin, que desde simple cajista de imprenta llegó á ser grande hombre de Estado y filósofo notabilísimo, decia á sus conciudadanos hace ya cerca de un siglo:

«Si algunos de vosotros dijese que pudo llegar á ser rico de otro modo que por medio del trabajo y de la economía, nadie le preste oído; es un emponzoñador.»

Estas palabras del venerable patriarca de la libertad americana, son hoy día especialmente de la oportunidad más clásica.

Nunca como hoy para procurar que lleguen á los oídos de todo el mundo, por el órgano de Franklin, las lecciones de la razón y de la sabiduría.

El camino de la fortuna, según el antiguo impresor de Boston, es tan sabido como el del mercado.

Todo depende de estas tres palabras sacramentales: *trabajo, orden y economía*: es decir, de no disipar el tiempo ni el dinero, sino de hacer de ellos el mayor uso posible. Sin trabajo, sin orden y sin economía, nada se consigue; con ello, todo.

I.—Trabajo.

1.º Huir la ociosidad que ocasiona las enfermedades y acorta en mucho la vida.—La *ociosidad*, como el *moho*, gasta más que el trabajo.—La llave está refulgente en tanto que se hace uso de ella.—La ociosidad lo convierte todo en difícil: el trabajo todo lo facilita.—La haraganería camina con tanta lentitud que sigue inmediatamente la pobreza.—La actividad es madre de la prosperidad.—Sin trabajo no hay provecho.

2.º Haz un uso muy prudente del tiempo.—El que ame la existencia no desperdicie el tiempo, porque esta es la tela de que está hecha la vida.—Si es el tiempo el más precioso de los bienes, la pérdida del tiempo debe ser la mayor de las prodigalidades.—El tiempo perdido no se recobra jamás.—Por mucho que sea el tiempo siempre resulta que es corto.

3.º No debe darse al sueño más tiempo del necesario.—Zorra que duerme no mata gallinas.—Tiempo tendremos de dormir en el ataud.—El que se levanta tarde, va arrastrando todo el día, y comienza apenas á trabajar por la noche.—Más vale dominar los trabajos que ser dominado por ellos.—El acostarse temprano y el madrugar, procura salud, riqueza y sabiduría.

4.º Es menester no dormirse con la esperanza de mejores tiempos.—La actividad no ocasiona disgustos.—Quien vive de esperanza, muere de hambre.—Hoy es preferible á mañana.—No difieras á mañana lo que puedas hacer hoy, porque no sabes lo que podrá impedirte mañana.—El hambre mira á la puerta del hombre laborioso, pero no se atreve á entrar.—Tampoco la traspasarán los alguaciles ni curiales, porque la actividad satisface las deudas, en tanto que la holgazanería las aumenta.—Toma tus útiles sin mitones; ya sabes que gato con guantes no caza. Quizás tengas los brazos en extremo débiles, y haya demasiado que hacer, pero ten firmeza y verás milagros, porque á la larga las gotas de agua horadan la piedra. Con paciencia corta el raton el cable.—Los golpes pequeños echan por tierra las más corpulentas encinas.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La reina de la belleza está de fiesta y derrama preciosidades sobre sus favorecidas; la acompaña el buen gusto, presidiendo á la numerosa cohorte de maravillas que nos proponemos ir describiendo.

Mirad, queridas lectoras, en traje en *poul-de-soie* negro, que merece los honores de la descripción; anchas caídas de guipure colocadas sobre tafetan azul Méjico, descienden por cada paño á partir desde el talle hasta treinta y cinco centímetros del bajo. El cuerpo abierto sobre chaleco de tafetan azul, tiene aldetas, cazadora con vueltas azules y guipure; muletillas por el mismo estilo sobre las mangas. Con este traje se adopta un palétot en terciopelo negro, adornado de guipures, describiendo una vesta con aldetas y bolsillos cuadrados. El sombrero en conexión tiene el ala de crespon azul, capitonada de abejas de oro; lleva por detrás una especie de fanchon en blonda, formando bavolet en el bajo, y la parte alta guarnecida con cinco conchas que se desplazan á manera de abanico sobre muletillas iguales, pero en terciopelo azul. En medio de esta blonda un colibrí dorado, y en el interior un bandeau de terciopelo y otro colibrí pequesísimo.

Otro es de raso, sembrado de lunares blancos, forma princesa, adoptada como nunca este invierno; en el bajo de la falda se halla un grueso cordel redondo, negro y blanco, y sobre cada paño un enlazamiento del mismo cordel, terminado en borlas. El mismo adorno lleva en el talle y en las mangas.

El tercero es á rayas anchas de moiré, gris y raso negro, lameado de oro. Estos suntuosos trajes se hacen lisos, y generalmente de forma princesa con aldetas levantadas. El que acabamos de citar llevaba vueltas gris.

Para negligé ó carreras, tenemos uno en popelina, violeta monseñor, forma princesa, con ancha tira de terciopelo negro en el bajo. Remonta dicha tira por delante, llevando desde alto á bajo una fila de botones fantasía de plata cincelada. La casaca igual, va guarnecida de terciopelo, y para completar el traje se coloca sobre la cabeza un pequeño sombrero imperio en terciopelo negro, sembrado de perlas de cristal imitando gotas de rocío.

Todo cuanto acabamos de describir es elegantísimo, sin degenerar en la monomanía del oro, toda vez que se guarnecen los trajes de zequíes, piastras,

grecas ó palmetas en perlas de oro y de plata. También tenemos á nuestra disposición las franjas de cristal y los galones de mil fantasías, más ó menos escéntricas, destacándose á más y mejor sobre los tafetanes lisos. No obstante, creemos caritativo advertir á nuestras lectoras se apresuren á llevar aquel adorno, si así les agrada, pues según hemos oído decir, la moda del oro será aun menos durable que la del acero.

Hemos estudiado los trajes de niños, pues como profesamos particular afecto hácia la infancia, nos complacemos en representárnosla encantadora con los siguientes arreglos:

Una lindísima polonesa para niña, en muleton inglés gris, bordeada de negro, y sobre los lados, por detrás, anchos bolsillos rayados de pasamanería, terminada por un boton-cascabel á cada punta; igual adorno en el bajo de la manga.

Una basquiña Luis XV, en terciopelo negro, guarnecida de gruesas presillas redondas.

Hay asimismo para ellas encantadores paletots de muleton inglés, fondo blanco con líneas negras formando cuadros, y otros rayados en negro ó color.

Con respecto á trajes, mencionaremos uno de cachemir azul con un borde de tafetan negro terminado á dientes, pronunciados unos grandes y otros pequeños, guarnecidos de un pequeño ruche con una cinta de tafetan negro, pasada por él. El cuerpo va adornado de una berta cuadrada, guarnecida con dientes más pequeños.

Otro de popelina gris, con el bajo terminado á festones que remontan entre cada paño, de manera que derroquen el ángulo de ellos, todo ello colocado sobre una tira azul que forma el borde del traje, remontando en cada costura para formar un fondo en las sesgaduras practicadas. Igualmente se guarnece el bajo de las mangas. Para los niños hay preciosas vestas de paño fantasía con pantalon igual, conjuntos muy sencillos pero de tan perfecto corte que indica la más esmerada prevision.

Terminaremos dando algunos modelos de sombreros, de los cuales el primero es en terciopelo azul aciano, fondo de tul bullonado constelado de perlas en cristal y de pequeños zequíes. Un guipure Cluny encajona este fondo, dibujando un fanchon, sobre cuyo pié descansa una drapería en terciopelo, que mantiene una plumilla blanca de avestruz. En el interior bandeau de terciopelo abrochado por una media luna de oro: bridas de tafetan azul.

Un sombrero fanchon de felpa blanca, mosqueado de verde, guarnecido de terciopelo verde liso, que cosido al borde del ala, y echado hácia atrás, forma pliegues huecos en la cima. Otro guarnecido igual, encajonado en un encaje negro, se halla dispuesto como si fuera bavolet, mantenido por un puñal de azabache: bridas de tafetan verde.

El siguiente es lindísimo, con el ala y bavolet de terciopelo negro tendido; una cinta de tafetan rosa, plegada á ruche en semi-corona, parte desde el interior á formar bridas; sobre la cima se halla velada en parte por una barba de encaje que suministra el fondo, y se termina á modo de bavolet. Un rico gafete de azabache se halla dispuesto sobre el principio de este adorno, y dos estrellas en el bajo. Una mazorca de nenúfares rosa con hojas descendentes se halla colocada sobre el lado, y otra más pequeña en el interior.

Por último, un sombrero para joven soltera es en terciopelo negro, ala y bavolet tendidos, fondo fruncido. Sobre el lado del ala una col de terciopelo azul, de donde se escapa una flor fantasía, formando bolas azules y negras con follaje del mismo color. Sobre el lado del bavolet otra col de terciopelo igual, y en el interior flores iguales: bridas de tafetan azul.

JOAQUINA DE CARNICERO.

EXPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. *Trage de casa.* Vestido de cachemir de dos colores, el de debajo más claro y alto con manga larga; el de encima abierto, con los bordes cortados á grandes dientes; cuerpo escotado, con aldetas de la Edad Media: no tiene mangas. Todo el trage está guarnecido de guipur Cluny. Gorrilla catalana de guipur Cluny y cintas.

Segunda figura. Vestido de *poult-de-soie* festoneado en las costuras de los paños y en el bajo, á la altura de cuarenta centímetros; las costuras se abren sobre puntas de terciopelo. Cuerpo abierto con aldetas cazadora y chaleco de terciopelo: manga de codo. Sombrero imperio de terciopelo y tul, con velo emperatriz.

Tercera figura. *Niña de dos años.* Vestido de popelines, á cuadritos, adornado de terciopelo. Cuerpo escotado: camiseta con mangas de muselina: botas rusas.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redacción y Administración

Ayuntamiento de Madrid
Concepción Geronima N.º 15 Píal Derecha.

